

Paulina Ortiz, tejedora de lenguajes ancestrales.

Marcela Valdeavellano

Especialista en mercadeo del arte y gestión cultural

Universidad de Las Palmas de Gran Canarias, España

Ramas enhiestas de ensangrentado bermellón y musgo, de cuya cornamenta desciende cabuya verde peinada en cascadas, tal como si fuera el tocado del brujo de la cueva de Gabillou, en la Dordoña francesa.

Telúrica, con los recuerdos frescos del paleolítico superior en la memoria arquetípica que compartimos todos los humanos, Paulina Ortiz nos retrocede e impulsa en el tiempo a la vez, tejiendo lenguajes ancestrales, como intituló la muestra de sus más recientes obras en la Galería Nacional.

Y es que Paulina Ortiz asume en su obra lo precolombino que ella cuaja y cristaliza para postular un futuro que trasciende su propia presentación. Ella nos revela esa unidad latente en la conciencia del presente: echa lazos con el pasado para preñar de futuro la experiencia de enfrentarse con su obra.

Y ese pasado mayormente desconocido o inadvertido por los costarricenses, vuelve a reclamar su puesto en la afirmación de sus valores de identidad que hoy más que nunca, requieren de plena atención, puesto que no puede haber futuro sin el reconocimiento del pasado. Cualquier cultura que eche al olvido sus raíces es incapaz de sustentar un futuro propio con aportes surgidos del entretelado de una visión compartida.

Esa es la oportunidad que coyunturalmente ofrece Paulina Ortiz, pero con la capacidad de trascender ese espacio circunstancial, tan caro a la resaca posmodernista de los ochentas, en la que se erigen grupos que hoy se estancan en la adulteración como regla, o que se regodean en el gesto disruptivo y revolucionario y que ya han tocado fondo en su recorrido. A la inversa de esta tendencia, Paulina erige una tensión entre lo disyuntivo y conjuntivo como criterio estético general, apuntando a algo más hondo que el tema del momento, situándose entre las fuerzas ocultas de la historicidad y el mito, la actualidad y lo primigenio, lo general y lo particular.

Sin embargo, sus neo-tapices asumen un minimalismo que no necesita argumentaciones estéticas para mostrarse. Poseen una infinita capacidad de seducción con sus plumas, cantos rodados y cabuya entretelada con maderas esculpidas por el mar, tornándose en la mínima expresión de la paradójica relación que el ser humano y la naturaleza han mantenido durante siglos, a veces fundiéndose, a veces destrozándose, máxima expresión de la dualidad que nos caracteriza.

Chamánica incursión la de estos neo-tapices, entre la integración y la desintegración, pedazos entretelados que repiten sortilegios, creando ecos antiguos en amplios espacios de ahora, en los que resuenan las palabras que Hernán Cortés escribió al rey de España en su Segunda Carta de Relación en octubre de 1520: *“...me dio el dicho Moctezuma muchos paños de los suyos, que eran tales, que considerados ser todos de algodón, maguei e sin seda, en todo el mundo no se podía hacer ni tejer otra tal, ni de tantas e ni tan diversos e naturales colores ni labores; e había otros paños, como*

de tapicería, que podían servir en salas e en iglesias, así de pluma como de algodón e maguei, de diversos colores, asimismo muy maravillosos, e otras muchas cosas que por ser tantas e tales no las se significar...”

Es así como los neo-tapices de Paulina no sólo discurren en el tiempo, sino en la más exacta actualidad, identificando la búsqueda de lo íntimo en el encuentro con el Universo que todos perseguimos. Sin pretenderlo abiertamente, - porque parafraseando a Schellig su obra es consciente en sus premisas e inconsciente en sus resultados –logra hacer suyas las tendencias espirituales y conservacionistas de esta época, desarrollando “un producto de arte” a la medida de un segmento de mercado, de un público específico que anhela el reencuentro con lo originario, con el Emilio que todos deseamos hallar palpitante en el fondo del corazón. Ese segmento de mercado es el que ahora comienza a influir en los lenguajes del arte en urbes como New York; para ejemplo, “O Fio da Trama,” el grupo de artistas brasileños que mediante el entramado textil, se expresa innovadoramente y ha dado tanto que hablar en sus varias exposiciones en el Museo del Barrio; o la Bienal Internacional WTA de Mujeres en el Arte Textil, con sede en Florida, para la que Pilar Tobón nombró a Paulina Coordinadora Internacional.

Capaz de interiorizar la vuelta en redondo a lo primordial, en el juego ontológico en que se convierte el arte al replicar los movimientos sociales, culturales y económicos, Paulina renuncia al poder mediático al que las expresiones conceptuales tradicionales apelan, hasta el punto que los artistas han llegado a pensar que la razón de ser o existir de toda producción cultural es una simple función de exposición en los *media*, casi siempre en la pantalla chica o el monitor virtual, actitud que ha determinado la paulatina y sistemática impregnación de todo hecho potencialmente artístico en un objeto de inmediato consumo masivo.

Eugenio Trías dice que la obra de arte “*ha corrido el riesgo de morir de éxito, fetiche de una sociedad plenamente secularizada*” que ha adoptado el sistema de Hollywood, premiando “estrellas” en los espectáculos en que se han convertido las bienales y muestras similares.

Pero gracias a artistas como Paulina Ortiz, podemos entrar en contacto con un *ars povera* colmado de significaciones múltiples que se yerguen plenas de autenticidad, lo que le permite y nos permite crear un microcosmos compartido, compendio de este encuentro, que propicia el rito iniciático de fundirnos con la naturaleza ahora y a través de los siglos, simultáneamente.